

EL COLOR DEL EGEO

Armando Romero

30

CAPITEL POESÍA

Miguel Gómez Ediciones



EDITA

Miguel Gómez Ediciones

Primera edición, mayo 2016

© Armando Romero

© Gómez & Navarro, Comunicación

Paseo de Reding, 45, 1º 4B

29016 Málaga

tel. / fax [34] 952 602 873

mge@miguelgomezediciones.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-88326-62-1

DEPÓSITO LEGAL: MA-582-2016

Los poemas de este libro fueron escritos en Lefkada
e Ikaría, Grecia, y en Benalmádena, España, entre 2011
y 2013. Y están dedicados a la memoria de: Dimitri Lardas,
Tassos Denegri, Vassili Mougiannis y Koula Photopoulos.
Y a: Taki Vassilaros, Agathi Dimitrouka.

I

¿Adónde van estas aguas
que no saber de dónde salieron
es el comienzo?
¿Acaso el crustáceo
o el kritamo
las bautizó entre las rocas?
Es el viento el que les silva,
dice el velero.
Es la isla al fondo la que alumbra,
afirma el profeta.
Solo el cielo desmide las estrellas,
observa el astrónomo.
Es su color que dice de los templos,
atestan los antiguos.
Estas aguas no se quedaron
para siempre.
Estas aguas regresaron
con el tiempo.
Sin embargo,
saben los filósofos,
basta un parpadeo
y desaparecen.

II

Es de todos el mar y de ninguno
el rastro exacto de sus colores.
Bien al fondo
es una franja como nieve,
y a su lado,
azulado se perfila de un golpe
el sol que lo transforma.
Tanto color como palabras
en verso y prosa.
Todas precisas, desde la más obvia
a la más peregrina.
Vino tinto, dijo Homero,
pero otros fueron más allá
de la paleta.
Es de todos el color y de ninguno
el que atrapa para siempre el mar,
su faz definitiva,
cuerpo desnudo del deseo.

III

El Egeo es un mar inquieto y alegre,
no importan la furia de sus vientos
y el bramar de sus tormentas.
No invita la melancolía o la angustia
como ese blanco blanco
de los mares del Norte,
o el oscuro oscuro del Pacífico
en los trópicos.
No juega a las superficies
como las imágenes de cristal
del Caribe,
ni se extiende al infinito
como el que desde los desiertos
de Chile
va a la Polinesia.
Sorprende pensar, entonces,
que al paso del tiempo
ha ido diluyendo poco a poco
el humor y la sorpresa que edificó
el mundo antiguo.
Esa fiesta del hacer sagrado.
Esa alegría pecadora,
que no era como hoy
una lógica atravesada de respuestas
sin el saber de las preguntas.
La paradoja era su elemento.
Quizás ese salto para crear la imagen
se perdió en el rezongar

de los ortodoxos sacerdotes
acompañando a este pueblo
en dolor e ira contra la sonrisa
cruel de los invasores.
En tanto exilio sin retorno.
Tanto ir de allá para acá
sin dar la vuelta.
No importan Platón o Sócrates,
en los plazos de su historia
los filósofos reían columpiándose
en la bien sembrada agudeza
de sus asertos.
Los poetas remediaban la tragedia
con el filo de sus comedias.
Los artistas añadían placer y gozo
a los hermosos volúmenes
de los cuerpos.
Y los dioses
¡Ah! Los dioses
se divertían viendo como estos seres
desde sus islas,
los creaban a su imagen y semejanza,
como jugaban con ellos a su antojo,
sin sosiego.